

La falacia de las nuevas tecnologías

Darío Ariza Ávila
Universidad Distrital

Es absolutamente cierto que el pensamiento del hombre precede a cualquiera de sus realizaciones y que por lo tanto la técnica y la tecnología son el producto y resultado del pensamiento humano. Sin embargo, nunca ha sido mayor el divorcio entre las ciencias del espíritu, como las denominan los alemanes, o las humanidades, como las llamamos en los países latinos, y las nuevas tecnologías. La dicotomía entre las ciencias del espíritu y las ciencias naturales parece presentarse como dos campos antagónicos. Pero la prueba de que no existe el antagonismo mencionado es evidenciada por su armónico acoplamiento en el espíritu de los grandes pensadores de la cultura. Solamente un criterio estrecho, miope y mezquino, puede perder de vista la coherencia entre ambas direcciones del pensamiento.

Si bien es cierto que entre grandes pensadores europeos se han señalado claras diferencias metodológicas importantes, ningún filósofo ha intentado marcar un orden jerárquico entre ellas. Dilthey intentó fundamentar las humanidades sobre un terreno diferente al de las ciencias naturales, pero al mismo tiempo rechazaba que éstas tuvieran un carácter autónomo en su epistemología.

Sin embargo, no se trata de una discusión metodológica entre humanistas y representantes de las ciencias naturales, sin el establecimiento de un criterio de prelación para el producto o resultado de éstas: las llamadas nuevas tecnologías. Nadie duda, en la actualidad, del avance espectacular que representa poder realizar operaciones mentales bastante complicadas con una simple destreza técnica, al avance de cualquier muchachito espabilado. Es decir,

vistas así las cosas, la técnica desborda a la ciencia y, la destreza, al pensamiento.

Naturalmente en un mundo como el actual, en el que resulta más importante hacer las cosas a prisa que hacerlas bien, las denominadas nuevas tecnologías cuentan con el poderoso aliciente de su velocidad. Pero es apenas obvio que el apresuramiento aparece como el enemigo más encarnizado del pensar reflexivo; y en manos de los apóstoles del consumo, ha servido para ocultar, tras la espectacularidad y eficiencia de la computadora, que el pensamiento es anterior e indispensable a todo proceso mental, desde las ciencias del espíritu hasta las naturales y, por su puesto, a sus derivados empíricos como son la técnica y la tecnología.

Sin lugar a dudas, esta falacia ha llevado a una violenta jerarquización del saber que no se ha detenido ante las universidades. Hoy, las nuevas tecnologías no sólo gozan de las ventajas prácticas en la elección del futuro profesional sino que, además, el ciego frenesí publicitario de sus promotores tiende a desplazar como un lujo hermoso pero inservible a las humanidades.

Para una mejor comprensión, dos ejemplos nos sirven para mostrar la postura falaz de este criterio:

Alemania ha sido y sigue siendo el país occidental con la tradición filosófica más larga e intensa de occidente. Su filosofía, unas veces para bien, otras para mal, ha ofrecido siempre un pensamiento científicamente riguroso, del cual surgieron las ideas que más profundamente han conmocionado nuestra política, nuestra sociedad y nuestra economía.

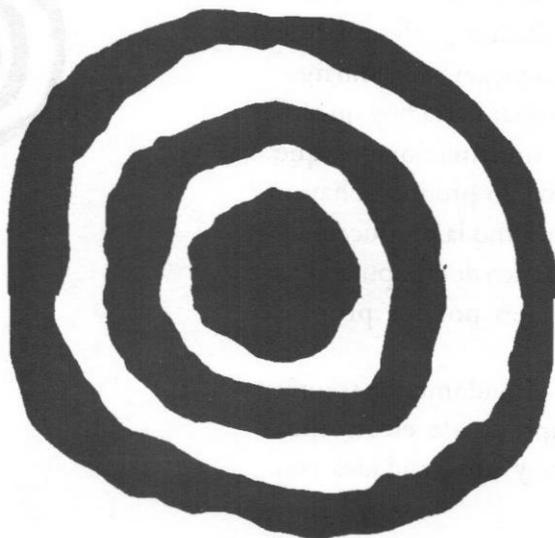
Desde la *Crítica de la razón pura* de Kant, hasta la *Crítica de la razón histórica* de Dilthey,

pasando a grandes rasgos por la filosofía de Hegel, con consecuencias tan bifurcantes, hasta Husserl, Heidegger y, en última instancia, Bloch, el pensamiento alemán ha sido un proceso incesante de confrontación entre el “yo” y el “no-yo” y del mundo de las ideas con el universo de la realidad.

La conjunción humanidades-ciencias naturales ha producido lo más importante que el hombre ha creado en ambos terrenos, ya que detrás de cada una de ellas hay dos siglos y medio de filosofía alemana; es decir, dos siglos y medio de saber pensar. Planteado esto así, nada resulta más fácil que desmitificar el llamado “milagro alemán”: su recuperación después de la segunda guerra mundial. Desde este punto de vista, dicha reconstrucción fue el resultado de una cultura en la que el pensamiento y el aprender a pensar han sido el punto de partida de cualquier actividad en cualquier ámbito de la ciencia, incluso en la técnica como su derivación secundaria.

El segundo ejemplo guarda relación con la actitud de dos culturas diferentes frente a la valoración de los procesos del pensamiento y, por ende, de las humanidades. Es así como Norteamérica, lo mismo que la República Federal de Alemania, dos países de organización capitalista con todas sus consecuencias, “importan” cerebros. Pero paradójicamente los grandes cerebros importados por Norteamérica, después de pocos años pareciera que se marchitan, como las flores cortadas de un jardín. Por el contrario, el considerable contingente de hombres de ciencia, humanistas y científicos, reciben el estímulo de una cultura basada en una fuerte tradición humanística.

Si
reflexionamos
ahora un poco
sobre la situación
colombiana frente
a esta cuestión,
encontramos que en
repetidas ocasiones se
ha dicho que la
tendencia hacia una
formación universitaria
predominantemente
humanística va en
detrimento del progreso
del país y que, por lo
tanto, en su lugar se
deberían fomentar
los estudios
técnicos y
tecnológicos.



Muy a pesar de que, tanto la República Federal como la Ex República Democrática están sufriendo el fuerte impacto de las nuevas tecnologías, con la consiguiente sustitución del pensar por el hacer; todavía existe una fuerte corriente de las ciencias del espíritu en lucha abierta contra la discriminación y la falta de medios y estímulo, principalmente por parte de los políticos de todos los partidos y países.

Si reflexionamos ahora un poco sobre la situación colombiana frente a esta cuestión, encontramos que en repetidas ocasiones se ha dicho que la tendencia hacia una formación universitaria predominantemente humanística va en detrimento del progreso del país y que, por lo tanto, en su lugar se deberían fomentar los estudios técnicos y tecnológicos.

La contradicción aparente entre un país con el mayor nivel del mundo en cuanto al proceso técnico y de las ciencias naturales, basado en un sólido fundamento humanístico, como el caso de Alemania, frente a la situación de un país como Colombia, al que se acusa de un excesivo cultivo de las humanidades, como causa de su débil estructura técnica y científica, tal vez pudiera resolverse sin mayores complicaciones, si se observa cuál es ese fomento y promoción de las ciencias del espíritu que la política cultural concede a las universidades colombianas.

Con el señuelo de las llamadas nuevas tecnologías se está intentando convencer a los colombianos de que la computadora, como una vara mágica, será la solución profesional de todos los males que nos aquejan. Sin embargo, nadie ha podido comprobar hasta hoy que los grandes consorcios y multinacionales que promocionan la venta de un producto, hayan impulsado en lo más mínimo la producción y desarrollo científico y técnico de computadoras e inteligencias artificiales por los propios colombianos.

Cuando hace aproximadamente treinta años, las grandes empresas de electrónica inundaron los colegios y universidades con

laboratorios de lenguas, los profesores de la enseñanza de los idiomas se quedaron esperando el apoyo de esas grandes vendedoras de máquinas parlantes en cuanto al desarrollo de programas adecuados al empleo de esos laboratorios.

Consecuentemente con lo anterior, de manera sintética, podemos afirmar que las nuevas tecnologías son un instrumento muy útil, pero nada más que un instrumento. Quien debe pensar es el hombre, y por lo tanto debe enseñársele a pensar, como único procedimiento para que sea verdaderamente libre, en lo político, en lo social, en lo económico y cultural, y con capacidad para afrontar por sí mismo las falacias y manipulaciones a que se ve constantemente sometido.

hojas Universitarias.....

